

Pastora Amezcua y Alma Galindo

¡A **bailar** y de **cabeza**!

San Antonio milagroso
yo te suplico llorando
que me des un buen esposo
porque ya me estoy pasando.

Más allá de que seamos católicos o no, nuestra cultura se ahínca en esas tradiciones religiosas que, en su trasfondo, esconden también costumbres indígenas que hacen de nuestro legado algo maravilloso.

El pasado 13 de junio se celebró el Día de San Antonio de Padua. Nuestro estado cuenta con una comunidad en el municipio de Comala que lleva el nombre de este santo, lugar donde se encuentra la ex hacienda que ahora funciona como exclusivo hotel, pero que en su capilla aún se realiza el tradicional baile para pedir sus milagros.

Sin embargo, como parte del rescate de tradiciones del Museo María Teresa Pomar en nuestra ciudad, se pudo vivir este ritual que va mucho más allá de buscar marido.

Tenemos la creencia de que a San Antonio se le pone de cabeza, se le baila, se le reza para que las mujeres solteras puedan encontrar un hombre que las complemente y con el cual casarse. No es así; el ritual va mucho más allá de eso, donde el Mictlán y el mundo de los vivos se encuentran para invocar bendiciones, renovación y fertilidad.

El museo recibió a una buena cantidad de personas: hombres y mujeres se dieron cita, niños fueron parte de este ritual guiado por Manuel Flores Flores, sahumador, quien además nos explicó todo lo que encierra el culto a este santo.

¿Por qué festejamos a San Antonio? ¿De qué trata esta festividad? Preguntamos con ansias de entender más todo el ritual que estábamos realizando: "era parte de la cultura de los colimotes, se veneraba a San Antonio en una casa y la gente lo seguía, la gente le llevaba flores, le llevaba veladoras y le pedía cosas. Y es importante porque tiene mucho que ver con las antiguas deidades agrícolas y eso es bueno porque son nuestras tradiciones. Son creencias que no se deben de olvidar ni perder. Tienen mucho de reminiscencias autóctonas y es lo que no quiero que se pierda, si observas están las banderas, antiguamente éstas representaban al Dios del viento. Ahora es la alegría, porque el moverte da alegría. Por eso se siguen poniendo en las fiestas de los pueblos".

San Antonio estaba ahí, enfrente de todos, en un altar con papel picado de colores como los del Día de Muertos: morado, naranja, amarillo, rosa... había pan, flores, incienso.

El ritual comenzó con todos nosotros llamando a la lluvia con vainas de tabachín mientras el sahumador sonaba un caracol, luego seguimos al ritmo del tambor y comenzó una pequeña procesión tras el Mariachi Cañero. Así, todos íbamos detrás del santo invocando bendiciones, renovación y vida a través de la lluvia que purifica y nos trae nuevas flores, frutos... Esa lluvia que pone los campos verdes, que se lleva el calor y que a veces, como buenos colimotes, nos deja en casa comiendo pan, tomando chocolate o ¿por qué no? un buen plato de pozole caldudo.

Sobre el pan, Manuel no contó que en cierta ocasión se ahogó un niño de una madre de familia muy devota que le pide a San Antonio que resucite a su hijo y a cambio ella daría pan para los pobres. Después del milagro se dice que cada año ella pesaba al niño y daba el pan, desde entonces es parte del altar.

Terminó la procesión y algunas personas presentaron sus ofrendas al santo mientras los demás seguíamos moviendo las vainas de tabachín. Vino una pregunta interesante:

– ¿Saben lo que es un mitote? – nos preguntó el guía.

– ¡Argüende! – dijimos.



Resulta entonces que esta palabra, “mitote”, tiene orígenes prehispánicos, cuando los sacerdotes se reunían a cantar y bailar mientras el resto de la comunidad se unía. Bailaban la danza de la serpiente o en círculo, representando al cosmos. Otra pregunta interesante: ¿quién no ha bailado así en las bodas o las fiestas de XV y graduaciones? Como dijo Manuel: “El baile es la alegría, es la fuerza, la energía que nosotros tenemos. Es el fin de toda fiesta el baile y se baila en honor a él con energía y poder”.

Vuelve a sonar el mariachi y entonces, en círculo, nos pusimos a bailar, cada quien pidiendo las bendiciones que quisiera: un novio, novia, marido, esposa, lluvia, un bebé sano, salud, comida… ¡qué sé yo!

Como curiosas que somos nos quedaba la duda de por qué poner al Santo de cabeza, el guía nos contó que: “antiguamente, en la época en que se pedía dote para el matrimonio, una dama triste y furiosa arroja al San Antonio por la ventana porque no tenía dinero para pagar la dote. La leyenda cuenta que San Antonio cae de cabeza, pero encima de un caballero. De las que surgen dos versiones: la primera que él se casó con ella y la otra qué le dio para la dote”.

¿Por qué San Antonio representa la renovación? Porque carga al Niño Dios y con él viene esa vida nueva, así como las vírgenes que representan la fuerza femenina y su capacidad de dar a luz; tal como sucede con Tonantzin o Coatlicue, nuestra madre venerada.

Casi al final Manuel nos dijo junto al altar de pan, luz y recargado de peticiones: “deseamos que no se pierdan las tradiciones, queremos que éstas continúen, que vuelvan a poner la historia prehispánica en los libros de texto y que Colima crezca y sea grande en tradiciones”.

Salimos de ahí pensando que habíamos formado parte de algo, de una comunidad que se une para invocar “algo”, no sé qué, ni con qué fin, pero fuimos parte de un todo… Repito, más allá de que creamos en santos católicos, deidades prehispánicas, incas o egipcias, estas fiestas y tradiciones nos dan identidad y unión por un momento, algo que supongo que vale la pena conservar.